

Las puertas se abren por la mañana y permanecen abiertas hasta las cinco de la tarde, hora en que se despide al público y se cierra el local; dos horas más tarde, á las siete, se abren de nuevo, y entonces la Exposición se presenta con toda su arrebatadora magnificencia. ¡Es natural! ¡una Exposición de electricidad debe lucir todos sus encantos por la noche!

La gente entra en forma de oleadas imponentes; y apenas se ha pasado de las puertas hay que cerrar los ojos, porque una luz intensa produce deslumbramiento. En cada uno de los veintiocho arcos brilla una lámpara; sobre la cornisa hay un segundo collar de lámparas eléctricas; en el círculo superior de la cúpula un tercero, y en el centro de la linterna un gran sol.

Pero estos collares de luces deslumbradoras sirven sólo para asegurar la iluminación general; después viene el diluvio, la inmensidad de lámparas, focos y luces con que las instalaciones todas procuran demostrar las excelencias de sus aparatos, de sus reformas y de sus aplicaciones, sobre las demás que le disputan la superioridad. De este modo la

rotonda se convierte en una bomba inmensa; donde la luz brilla como en pleno día, donde los ojos se ofuscan con mil chisporroteos y con una difusión de claridad, una inflamación general del ambiente, que seduce apenas la vista ha logrado la necesaria tolerancia.

El ánimo goza entonces lo incalculable con la animación que allí observa: centenares de hilos tendidos por los aires y cruzándose en múltiples direcciones conducen la fuerza encargada de infundir vida á millares de lámparas y aparatos; se ven por doquiera mesas, tinglados, pabellones, plataformas, armarios, vitrinas, colgantes y otros medios indecibles que sostienen los objetos expuestos; banderas y escudos de once naciones lucen en las paredes; en un lado hay coches con faroles provistos de luz eléctrica: acá, aparatos militares; allá, instalaciones telegráficas; próximo á éstas las barricadas de cables; después, unas series de máquinas y aparatos complicados, de aisladores, baterías... y así, un lujo de material indescripible.

La gente discurre en masas compactas, á través de todas las instalaciones, curioseando

y tocando cuanto puede, apretándose en unos puntos para ver funcionar un telégrafo; escuchando en otro el toque de algún avisador; embelesándose allá ante los muebles; codeándose y estrujándose acullá con motivo de algunas exhibiciones donde el experimento es curioso y de observación unipersonal..., formando así un rumor sordo que se asocia á los acordes de una banda militar que toca próxima á la fuente, al estrépito de las máquinas, al campanileo que brota de muchos puntos, á ruidos sin cuento que salen de todas partes, y luego se unen, se mezclan, se confunden y arrojan un concierto monstruo, atronador, que repercute en las paredes de la rotonda, y rebota sobre su suelo, ya estremecido con duro retemblar por el potente juego de centenares de máquinas de vapor; un concierto digno, en fin, de aquellos bravos operarios que, vestidos de blusa, arremangados los brazos, sudosa la frente, ennegrecida la cara, brillantes las pupilas, con los paños de limpiar en una mano y las engrasadoras en la otra, se escurren entre los tirantes, regatean las grandes ruedas, juegan con los impetuosos pistones, pasan

junto á los chispazos eléctricos, y como dotados de un poder diabólico, paran y mueven aquellos organismos férreos que tanto atruenan y tanto se agitan para despedir, como en ráfagas de ira, la hermosa fuerza de la electricidad.

XXIV

EN EL DANUBIO

Munich, 2 de Septiembre.

Desde Viena, capital de Austria, hasta la capital de Hungría, Budapesth — una ciudad dividida en dos por el Danubio; ó, mejor aún dos ciudades, que fueron sangrientas enemigas, reunidas por el Danubio. —, hay una distancia considerable, que se puede recorrer por medio de navegación fluvial, á lo largo del citado río, ó por tren.

De la primera manera se tarda doble tiempo, aun caminando á favor de la corriente: doce, trece ó catorce horas, según la

altura de las aguas, y se goza de excelentes vistas; de la segunda manera, el viajero encuentra pocos atractivos. El visitante suele escoger el primer camino para ir, y luego regresa por ferrocarril; las gentes de negocios usan siempre el tren, y las personas económicas y los pobres prefieren el vapor, el cual es más barato, especialmente á la vuelta, porque, marchando contra la corriente, tarda algunas horas más en llegar á su destino.

A las siete de la mañana estábamos ya todos los pasajeros, unos 200, á bordo de un vaporcito que hace la travesía por el canal de Viena, y conduce los viajeros y sus equipajes, desde el embarcadero, que está al lado del puente de Aspern, hasta el gran brazo del Danubio, donde nos aguardaba fondeado el vapor.

Era muy temprano, y mientras llegaban los demás pasajeros, yo me entretenía curioseando el despertar de la gran ciudad: una neblina oscurecía el horizonte, que se divisaba por encima del soberbio puente colgante de Aspern, allí inmediato, construído hacía pocos años (1863 á 64), y por el cual comenzaban á transitar carruajes y peatones;

por detrás se alzaba la grandiosa mole del cuartel Francisco José, y encima, y más lejos, se destacaba, elevadísima y airosa, como si fuera una aguja que prendiera la ciudad al cielo, la flecha de la iglesia catedral, Stefanskirche, la cual se destaca sobre la ciudad como una palmera en el desierto.

Se puso en movimiento el vaporcito, y cruzamos otros dos puentes colgantes, uno el de ferrocarril; luego otro tercero, de hierro, después una barriada nueva, y á la izquierda aparecieron las arboledas del hermoso parque (el Prater), sobre cuyas copas se destacaba el remate de la hermosa rotonda donde está la Exposición de electricidad; pasamos nuevo puente de hierro, y luego nos metimos en tan estrecho canal, que nuestro vaporcito levantaba gruesa onda, y mojaba á crecida altura los sillares de sus muros; siguió otro viaducto de hierro, y por fin, después de tres cuartos de hora de travesía, y de caminar largo trayecto entre riberas altas y sin perspectiva, desembocamos en el Danubio y trasbordamos á un hermoso vapor de ruedas llamado *Budapesth*. Antes de un cuarto de hora tocaba éste ya su estrepitoso

silbato, las ruedas azotaban las aguas, y el barco se ponía en movimiento.

El Danubio es un río que atraviesa oblicuamente el centro de Europa, oriundo de Occidente, y va á morir en Oriente; á su paso por Viena blasona ya de una majestad soberbia por la gran masa de líquido que arrastra y por lo ancho de su cauce, aunque no por lo regular de su curso. Efectivamente; con dirigir la mirada sobre el que sigue el Danubio después de Viena, en cualquiera carta hidrográfica detallada, se advierte que este río se conduce con toda la ligereza de un arroyuelo cuya corriente va á uno y otro lado, dividiéndose y volviéndose á unir un sinnúmero de veces, multiplicando en su marcha los cauces y tomándose para caminar un lujo de terreno inmerecido. Este es el Danubio: trazando mil curvas, culebreando, multiplicando sus brazos, recibiendo sin parar afluentes, y formando en su seno número extraordinario de islas (algunas, como la grande isla de Shütt, de 90 kilómetros de largo por 52 de ancho), cruza alegre las llanuras del Austria en busca del país de los madgyares, adonde llega en breve, y le

abandona después, caminando tras de comarcas más orientales todavía, hasta verterse en el mar Negro.

Las orillas del Danubio no son de grandes encantos ni pueden rivalizar con las del Rhin; sin embargo, son alegres, espléndidas, aunque algo monótonas por la falta de montañas en la mayoría de su trayecto. Algunas estribaciones de los pequeños Cárpatos, primero, y después una cordillera de montañas, son los únicos accidentes que rompen la uniformidad del suelo que, en lo demás, aparece siempre llano, con horizontes dilatados y márgenes frondosas.

Durante el trayecto, la vista se recrea con las aldeas, pueblos y ciudades que se bañan en el río; las villas de Aspern, Essling y Wagram, conocidas por las batallas del mismo nombre; Hainburg, con antigüedades y muy pintoresca situación, y luego Pressburg, la antigua capital y villa donde se coronaban los Reyes húngaros; hermocean los panoramas profusión de caseríos y torreones colocados á distancia, y las grandes vacadas, que abundan considerablemente y se ven pastando junto al río, cuidadas por unos vaque-

ros que, dentro de la Hungría, chocan por la sencillez de su vestido: una camisa y unos pantalones semejantes á los de nuestros murcianos, pero más largos y mucho más anchos, de manera que parecen enaguas cortas.

Pocas horas llevábamos viajando, cuando mi señora me dijo creía haber oído que algunos pasajeros pronunciaban palabras españolas; miré á los que aludía, les oí hablar alemán y rechacé su creencia diciendo que sería alguna ilusión suya; porque sucede á menudo, al escuchar frases sueltas de un idioma que se desconoce, sacar de sus sonidos el recuerdo de otros que nos son propios y conocidos.

Pasado ya bastante tiempo, y cerca del final de la tarde, se me acercó un caballero grueso, de edad avanzada, con barba cana recortada y sombrero en la mano, y me saludó en mi idioma patrio.

—Dispéñseme usted — me dijo. — ¿Usted es español?

—Sí, señor; y usted, según las apariencias, también lo es — respondí.

—Sí, señor; pero yo no soy español de allá, soy español de Oriente.

Me quedé sorprendido, y esperaba la explicación de aquel enigma cuando otro pasajero, también entrado en años, que se había conservado á respetuosa distancia, se atrevió á avanzar, y aumentó mi sorpresa diciendo:

—También soy español, pero de Servia.

—¡Permítanme ustedes — repliqué — les diga que no comprendo bien!

—Somos judíos españoles — añadió sonriéndose el primero.

—¡Ah! ¡ya, acabáramos! — exclamé haciéndome cargo de aquel españolismo, porque recordé entonces que en otros viajes me había tropezado lejos de mi país con individuos hebreos que hablaban en español sin haber estado en España ni en América.

El encuentro me pareció agradabilísimo y la ocasión propicia para hacer preguntas; todavía se presentaron otros dos hebreos más, también españoles, y entre ellos cuatro y nosotros tres, siete, *formamos corro*, sosteniendo una conversación larga y animada, en la que una pregunta sucedía á otra pregunta. Curioseaban ellos sobre nuestras costumbres, y á cada respuesta lanzaban exclamaciones.

maciones de grata sorpresa, porque advertían que en la comida, en el trato, en las intimidades del hogar doméstico, en todo, en fin, se conducían ellos como nosotros, no de otra manera que lo hacían con el idioma.

Me dieron noticias y datos, algunos desconocidos para mí; en el Oriente hay centenares de miles de criaturas humanas que hablan nuestro idioma y se llaman españoles. Sólo en Turquía pasan de medio millón; en Rumania hay de 3 á 4.000; en Servia unos 3.000; en Smirna 60.000; en Constantinopla 80.000; en Salónica 70.000; en Andrinópolis 10.000; en Filipópolis de 8 á 10.000, y así sucesivamente.

Estas cifras, que podrán parecer casi fabulosas, no deben serlo si se advierte que los judíos ocupan en las ciudades donde residen barrios y distritos enteros; recuerdo que en Amsterdam sumaban muchos miles los judíos portugueses.

Los pasajeros que yo encontré eran de Kalarasch (Rumania) el primero, de nombre Semaria Mitrany, negociante en granos, y de Belgrado (Servia) los otros tres, Moisés Isak, su hijo, y Aron-Levi.

El español que hablan es bastante claro, aunque con sonido y finales de frases algo portugueses; sin embargo, es un castellano perfectamente inteligible, pero descuidado, bastante pervertido, como el de nuestras clases incultas; así, por ejemplo, la primera persona del plural *nosotros*, la pronuncian *mosotros*; á veces son más castizos que lo somos en nuestro lenguaje ordinario; y me hacía gracia, cuando surgía alguna frase dudosa para ellos, oír á uno, Isak, que me decía: «Mosotros hablamos un español más verdadero», á lo que replicaba siempre el de más edad, Mitrany: «No, los que hablan el español verdadero son los señores». Esta observación, hecha y replicada con una ingenuidad infantil, pudiera decir encantadora, se repitió varias veces.

Me dijeron que conservan tradiciones y libros de los tiempos que vivieron en España, y consideran este país como el suyo, adonde tal vez vuelvan algún día. De la emigración hablan con dolor; muchos judíos, casi la mitad, perecieron en el camino antes de llegar á Oriente, donde pudieron establecerse.

Opinan de España que *es un país donde se hacen buenos negocios*; sin embargo, aunque fueron invitados por nuestros agentes consulares á ir allí cuando las célebres revueltas antisemíticas de Rusia, no han ido porque ahora tienen sus negocios en otros puntos, y porque España está muy lejos. Su tipo tiene mucho del tipo español, y por él se conocen los judíos españoles, sean de donde fueren.

*
* *

Todo viaje, como todo acto de la vida, tiene un período que podríamos llamar supremo, verdaderamente psicológico, en el cual, ó se contempla el cuadro culminante, ó la emoción sube de punto, ó las circunstancias entrañan una gravedad decisiva. En este viaje vi un cuadro hermoso, donde gocé la más solemne contemplación del trayecto por el Danubio.

Fué á la hora de la puesta del Sol; la poca altura de las aguas del río había hecho la navegación algo difícil y había retardado dos horas la travesía.

Largo rato hacía ya que habíamos dejado las llanuras, y el Danubio, imitando lo que hace un regimiento en marcha cuando, rotas las filas, dispersos sus soldados y corriendo de uno en otro sitio al través de los campos, se juntan y se forman para entrar imponentes y soberbios en la ciudad, así él, reuniendo sus brazos en un solo cauce, y regularizando su curso, avanzaba majestuoso y formalote por entre las montañas, como si procurara exhibirse á la inspección de aquellos agrestes alardes de arrogancia que partían del suelo, con toda la dignidad de su nombre y con todo el poder de sus formidables corrientes. Grupos de arremolinadas nubes, acostadas en el horizonte, comenzaban á ocultarnos el Sol, y nos compensaban de tan injusta usurpación vistiéndose con los colores más subidos del prisma.

La embarcación dobló un recodo de la cañada que seguíamos, y se puso á vista de la pintoresca Agram, la Strigonium de los romanos, cuyas blanquísimas casas, y sobre ellas la no menos blanca y por demás elegante rotonda de su catedral, parecida á la de San Pedro de Vaticano, se destacaban

con fuerza sobre el fondo oscuro que les formaba la vertiente de la montaña, á cuyos pies se sitúan. El Danubio, ganoso de lucirse, había hecho lo que aquel regimiento cuando desfila por calle ancha: se había espaciado y parecía requerir de amores á la población, ofreciéndola un grandioso espejo donde la coquetona villa reproducía sus encantos y se contemplaba extasiada con la vanidad de una hermosa mujer poseída de sus seducciones.

El cielo, de azul muy oscuro en gran parte de la bóveda, se mostraba escarlata, con el rojo de un fuego monstruo, en lo alto de las cumbres y gargantas occidentales, y proyectaba sobre la superficie del agua, cuya tersura no alteraba el más leve rizo, grandes é informes manchas de cárdenos reflejos, que parecían flotar como jirones desprendidos de algún fuego plutónico alimentado en el fondo del río. Más lejos, las montañas embosquecidas se alzaban en anfiteatro, vestidas de robledales, luciendo escarpadas cimas, y apuntando las recortadas siluetas de algún castillo destruído por los turcos, como el de Visegrad allí próximo,

antigua fortaleza que ya en el siglo XI habitaban los Reyes de Hungría, y fué arrasada luego por los creyentes del Korán.

La calma absoluta que reinaba en el cielo y en la tierra, sólo interrumpida por el golpeo de los pistones y las paletadas de las ruedas; la majestad de aquellas montañas que doblaban su tamaño reproduciéndose en las aguas; el tono sombrío de una luz solar ya expirante, que con lentitud se cambiaba de roja en púrpura, daban mayor grandeza y misterio al cuadro, y me hacían doblemente singular la conversación animada que yo sostenía con unos hombres que hablaban español, consideraban suyo un país tan distante de aquel donde habían nacido, y le trataban con el interés y el cariño de una tierra prometida.

Y entonces, saltando mi pensamiento de una en otra cavilación, con esas locas carreras y volteretas que caracterizan su libre ejercicio, me pregunté yo:

— Si la constancia en el trabajo y en los fines, virtud suprema del pueblo alemán, le hace tan superior á todos los otros pueblos de Europa, y si dentro de ese código de me-

cánica moral que encierra principios tan absolutos é inflexibles como puedan serlo los de la mecánica física, la constancia lleva siempre al triunfo; este pueblo hebreo, que viene desde los tiempos bíblicos dando prueba de ser la raza más constante de todas las razas humanas; que trabaja y tiene fe; que resiste sin protestas el escarnio y el castigo de todos los otros pueblos, y vive, y se multiplica á pesar de las destructoras persecuciones, ¿qué será en lo porvenir? ¿Para qué grandes destinos le reservará todavía el Dios de Moisés?

Cuando llegamos á Budapesth apreté con gusto las manos de tres de aquellos *españoles de Servia* que continuaban el trayecto para sus casas, y en unión del otro español rumano desembarqué en la culta, en la inteligente capital de Hungría.

XXV

LA CIUDAD MODERNA

Munich, 3 de Septiembre.

¡Hermosa es la ciudad de Budapesth! Confieso que ninguna me ha producido tan gratísima sorpresa, porque en ninguna encontré tan inesperada hermosura; es lo que se llama una ciudad moderna, con todos esos caracteres propios que atestiguan la civilización del siglo XIX.

Dígase lo que se quiera acerca del carácter transitorio de nuestra civilización actual, tiene títulos poderosos que se bastan para sostener la tesis de que es una civilización diferenciada, con rasgos propios, al menos con los suficientes para demostrar que se desarrolla en un campo determinado, que posee ideales definidos, procedimientos para realizarlos, y que, lejos de marchar desalentada por una conjunción de dos civilizaciones, la pasada y la venidera, sin dejar

tras de sí ninguna expresión de madurez, como un niño que pasa de la infancia á la pubertad, por el contrario, goza de una vida tan plena como hayan podido serlo la civilización egipcia en tiempo de Ramsés I, la griega en tiempo de Pericles, la romana en tiempo de Augusto y la cristiana en tiempo de aquel firme Gregorio VII, cuando sometía al poderoso Enrique IV á la humillación terrible de Canossa.

Sin propasarme á extraños recuerdos basta, para creerlo así, un solo dato que á cada paso choca á mi vista: basta con la confrontación de la ciudad nueva y de la ciudad vieja, en cuyo derredor y sobre cuyas mismas ruinas aquélla se levanta. El espíritu de la civilización pasada se mantiene perfectamente reflejado en muchas ciudades que conservan con admirable esmero su carácter viejo, y se mantiene en todo lo que por do quiera cae al golpe de la piqueta reformadora; allí se ven, allí parece que aún gritan las angustias, las opresiones, los miedos y esperanzas de las generaciones que nos han precedido en la extraordinaria civilización cristiana; las calles estrechas, tortuosas, apre-

tándose unas casas contra otras, sombrías sus fachadas, mezquino su guarnecido, apuntando el recelo y el temor, salpicando do quiera los barrios con iglesias, monasterios y basílicas, para estar en trato continuo con el Dios que había de asegurarles la otra vida, casi siempre desenvolviéndose en la falda de alguna montaña, sobre cuya cima se alza el castillo roquero, guardador de su seguridad, y rodeándose con cinturones de piedra herméticamente cerrados por la noche para evitar alguna sorpresa.

Con haber sido Alemania asiento de muy afamadas ciudades, pues sabido es que Pío II y Bonfini ponderaron con entusiasmo las bellezas de Viena; que el agudo Montaigne decía de Augsburgo, en el siglo XVII, aventajar en belleza á París; que Nurenberg gozó fama de ser el más bello ejemplar de una ciudad de la Edad Media; que Francfort, Colonia, Brunswick, Munich, Lübeck, Basilea, Breslau y otras muchas, seducían por sus magnificencias, sin embargo, siempre aparecía la ciudad murada, la mole feudal, con su ancho foso al rededor del *Woeichbild*, los baluartes provistos de torres y cubos, de

rastrillos y puentes levadizos; las viviendas amontonadas, como apretándose, serviles y asustadizas, en torno del castillo real, el palacio del Obispo ó del Príncipe abad; los barrios de su juderías, tétricos y hediondos..., y discurriendo por tan laberínticas calles una población de litos y siervos, de menestrales y judíos, de soldados y estudiantes; afanadas las dichas clases sociales, ya en oír las amorosas trovas y las fantásticas consejas á la sombra de los tilos legendarios; ya en discutir la suerte que cupiera á las ciudades del Norte comprometidas en la Liga anséatica; ya en combatir ó defender las doctrinas reformadoras de Hutten y Lutero, de Zwinglio y de Calvino; ya en contemplar la quema de brujas y hechiceros que sentenciaran fanáticos como Benedicto Karpzov; ya en disputar revoluciones científicas como la de Paracelso, ó nigromancias como las del doctor Fausto de Knittleingen...

¿Es de esta índole la ciudad de hoy?

No; es todo lo contrario: como un Hércules que ha estado encogido y maniatado largo tiempo, y, sintiendo de pronto la superioridad de sus fuerzas, rompe las ligadu-